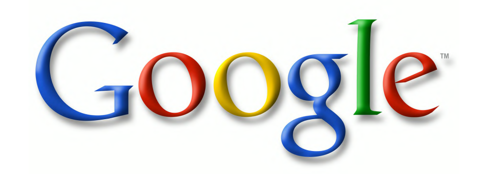
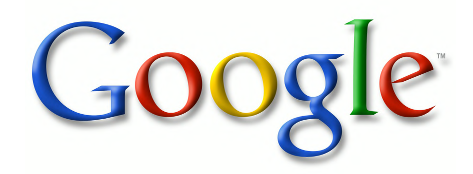
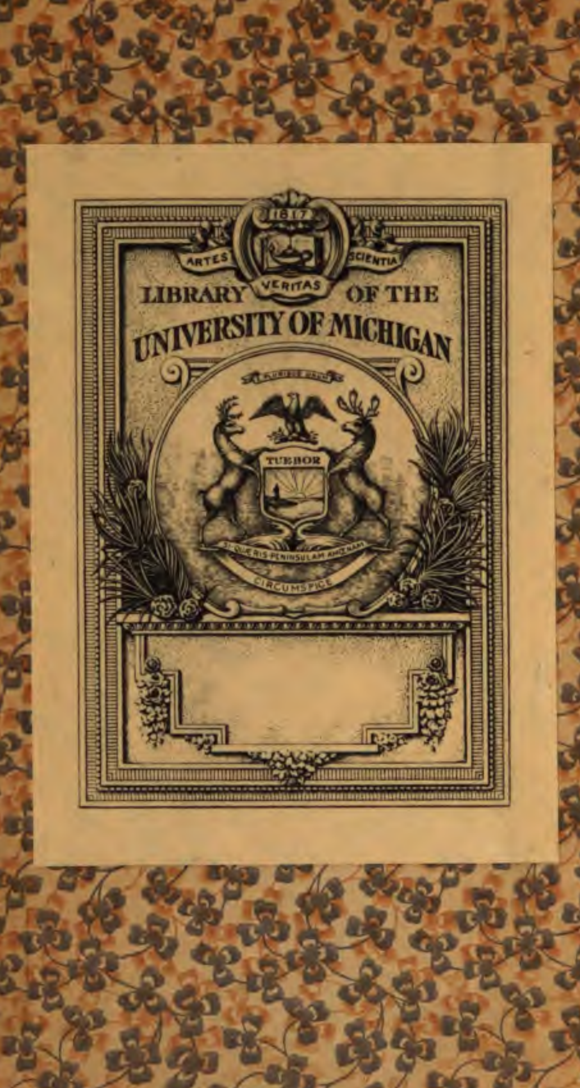
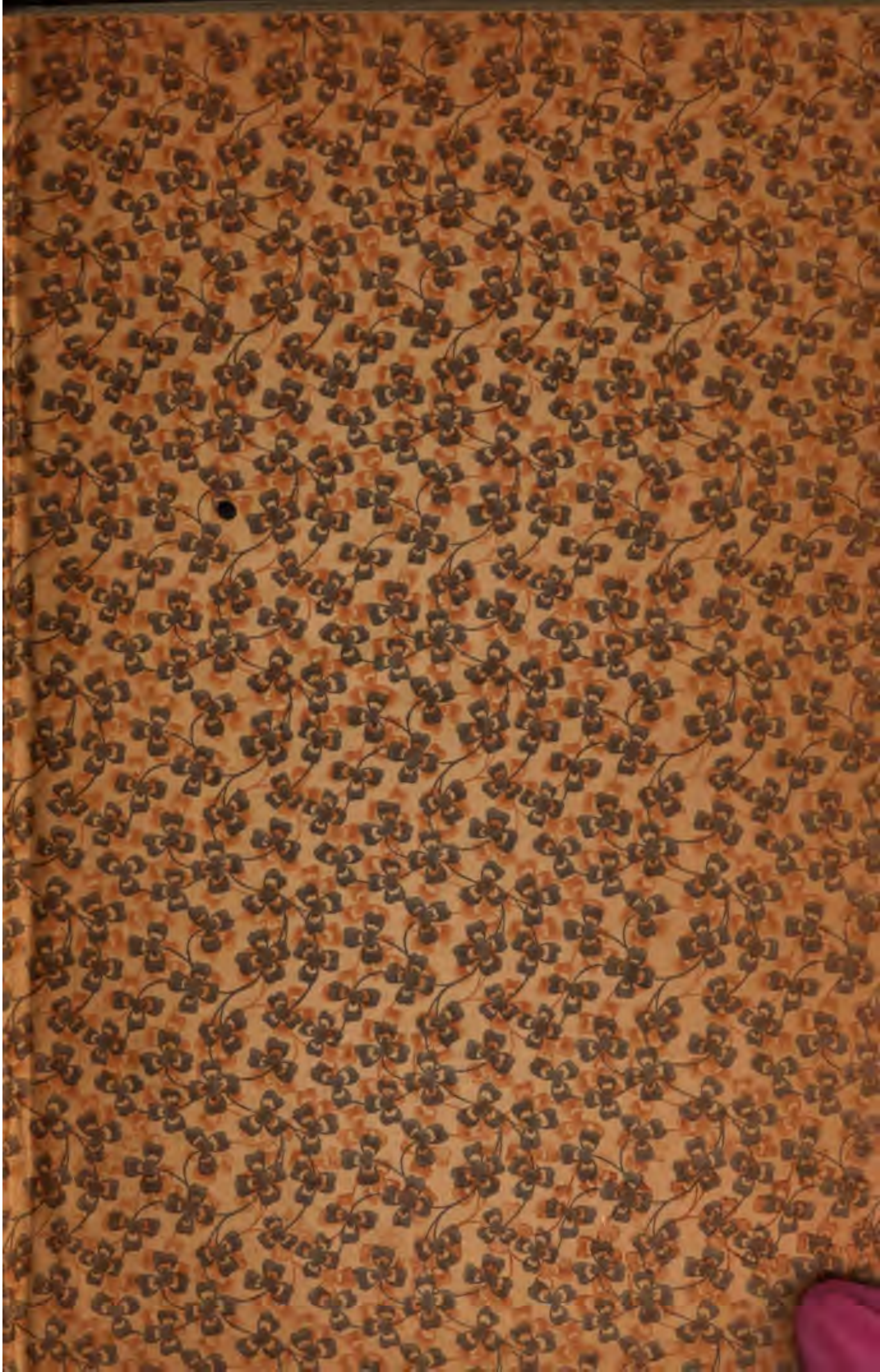



Google


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

OBRAS DE R. PÉREZ DE AYALA

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES. *Novela*. Publicada con el seudónimo «Plotino Cuevas».

A. M. D. G. LA VIDA EN UN COLEGIO DE JESUÍTAS. *Novela*.

LA PATA DE LA RAPOSA. *Novela*.

TROTERAS Y DANZADERAS. *Novela*.

LA PAZ DEL SENDERO. EL SENDERO INNUMERABLE. *Poemas*.

PROMETEO. LUZ DE DOMINGO. LA CAÍDA DE LOS LIMONES. *Tres novelas poemáticas*.

HERMAN, ENCADENADO. Notas de un viaje al frente de guerra italiano.

POLÍTICA Y TOROS. *Ensayos*. Maura, Romanones, Vicente Pastor, el Gallo, Belmonte, Joselito, etc., etc.

LAS MÁSCARAS. Volumen I. Ensayos de crítica teatral sobre Galdós, Benavente, Linares Rivas, los Quintero, Arniches, etc.

LAS MÁSCARAS. Volumen II. Ensayos de crítica teatral sobre Lope de Vega, Shakespeare, Ibsen, Óscar Wilde, etc., etc.

BELARMINO Y APOLONIO. *Novela*.

EL SENDERO ANDANTE. *Poemas*.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

EL SENDERO ANDANTE

MOMENTOS • MODOS • DITIRAMBOS
DOCTRINAL DE VIDA Y NATURALEZA

POEMAS



MCMXXI
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

Jiménez y Molina, impresores.

EL RÍO

> El río es un camino que anda.
>
> PASCAL.



E AHÍ LA VIDA:
[ESE RÍO. Y
[ESOS VERSOS:
ondas, remansos,
[espumas, modos,
[momentos...
Ese río, agua de an-
[taño, ya pasada;
y en el mismo cauce otra agua.

NACE el río desde las canas sienes
de las montañas eminentes.
(Poned a buena cuenta
que son los ríos como las ideas.)
Eso son las aguas del río:
nieve que el sol ha derretido.
Mas, ¿cómo se formó el blanco nevero?
La blanca nieve descendió del cielo.
Del cielo descendió la fría nieve;
y desde el cielo la derrite el sol ardiente.
¿Y cómo se hizo el monte, encumbrado y
[señero?
Un fuego oculto empujó la tierra hasta el cielo.
Y si los manaderos de ese río se alumbran
de las entrañas de la tierra dura
(otras veces, sabedlo,
son los ríos como los sentimientos),
el caudal hinchen y robustecen
las aguas de las cumbres que caen por las ver-
[tientes.

EL SENDERO ANDANTE

¡Cómo fluye y corre y canta el río!
Y él piensa que se mueve a su arbitrio...
Ahora es como una lanza, firme y derecho.
Ahora se dobla como hoja de acero.
Ahora quiere arrojarse en correría.
Ahora quiere abrazar la cadera de la colina.
Piensa que hace lo que quiere.
¿Y qué hace? Obedece.
Obedece, sin sospecharlo, a los caprichos del [terreno,
y a la ley de la tierra y del cielo,
que le envían a hundir su caudal
en la ancha sima de la muerte: el mar.
Y así corre el sendero andante
desde la paz del sendero hasta el sendero in- [numerable.

Bueno, ¿y qué? El río vive, ríe, gime, pasa.
Es siempre el mismo y siempre está en mudanza:
azul, gris, sonrosado, negro,
agua pura, y acaso algo de cieno.
Ahora se arroba en un remanso; sueña,
y en su seno espiritualiza la imagen de la rea-
[lidad externa.
Ahora llora en la soledad y la noche;
y nadie lo ve ni lo oye.
Ahora es torrente de entusiasmo;
y su voz suena a ditirambo.
Ahora se reconcentra en su éxodo,
y es profundo, misterioso y hermético.
Ahora se extiende y desparrama,
y acrece la cosecha de mañana.
Ahora un brazo desde el torso desvía
y trabaja en una turbina.
Ahora hace estrago y asuela.
Ahora es manso y de lácteo vellón, como cordera.
Ahora es dócil y de paciente espalda,

como doméstica bestia de carga,
y en lanchones, semejantes a cuévanos,
conduce a lomos aceite y vino, trigo y centeno.
Ahora adorna un jardín aristocrático,
joya en el surtidor, seda en el lago;
un coro de rosales le ponen cerco;
súrcanlo un cisne blanco y un cisne negro.
Ahora escapa del ritmo y de la rima,
y huye hacia la lontananza esquiva.
Ahora se arrastra sobre lecho de piedras.
Ahora resbala por la fina y movediza arena.
Ahora se baña en él un rayo de luna.
Ahora, una mujer desnuda.
Siempre monótono, siempre nuevo.
Como prosa abundoso, encauzado como el verso.

Sobre las aguas fugitivas
flota, en el alba, niebla argentina.
Las aguas, siempre las mismas, siempre diversas,
son para todos.
Beban de él hombres y bestias.

1920

LOS MOMENTOS

EXCELSIOR



E AQUÍ LA CUM-
[BRE
adonde llega la pris-
[tina dulcedumbre
de las mieles solares
y las rubias auroras.
Atalaya sobre los
[mares.

El momento inicial.

Triunfo sobre las horas
esquivas.
Olvido de la adversa suerte.
Corona de siemprevivas
sobre el baluarte de la muerte.

—Eres mancebo, y estás triste.
Eres mozo, pero no eres vano.
¿Cuál es tu pena, amigo mío?
—Mi corazón la veste viste
de la cumbre, y como ella está cano
de nieve, y es puro, y es frío.
Estoy señero.
—Cantas, pero tu voz no llega al llano.
La voz acrece o la distancia acorta.
Baja al sendero.
—¡Qué importa!
Basta la certidumbre
de ser cumbre.
Basta el dolor austero
de estar señero.

1905.

AMOR



L CANTO DE [LOS PINOS, El momento soñado.
fragante, entre la [ventolina.
Y los mil acentos [divinos
en la divina
noche, hecha de cristales diamantinos.

La guirnalda sonora
del vagabundo y ciego mar
giraba al ritmo de la hora
supraestelar.
—En las aguas, la prora hacia la aurora—.

Una emoción intensa,
saturando la grave calma
del cielo y de la mar inmensa,
ponía mi alma
—como las cuerdas de una lira—tensa.

¡Oh arrobado momento!
Herido de revelación,
derretido en congojas siento
el corazón.

Y ella: «He aquí el nevado lino
que yo mismo labré;
he aquí la vianda y el vino,
y el pan que yo amasé.
He aquí las flores de fragancia
sutil, que embalsaman la estancia.»
Y el marino: «¿Por qué
sin conocerme a mí te entregas?»
Y ella: «Esperaba. Por fin, llegas.»

Y él: «Navegué los oceanos,
pensando sólo en ti,
y en la caricia de tus manos,
que un día presentí.
Libré mi nave de la roca,
sabiendo que un día tu boca
sería para mí,
y que en tu seno encontraría
mi amor su seno y su bahía.»

Luego, besáronse con tanto
amor, que sollozaban.
Y, con la boca ardiente, el llanto
uno a otro se enjugaban.

Y cerraron las cerraduras.
Y dejaron la estancia a oscuras.
Por de fuera, cantaban
los vientos, que danzan ligeros
bajo la luz de los luceros.

1905.

LA PLAYA



UE LA VIDA ES
[AMARGA,
[UN DÍA Y
[OTRO DÍA
pensé. Mi corazón
[cubrióse de
[negrura.
Mas amargo eres, mar, y pones alegría
azul y blanca sobre tu seno de amargura.

Momentos peripatéticos.

Mira el mar, copia el mar, ama el mar. ¡Oh poeta!
Haz de vidrio tu alma, e infinita, y sin bruma
interior, y armoniosa, y orgullosa e inquieta;
y por cada inquietud pon un jirón de espumas.

En el cristal del cielo las agudas gaviotas,
como un diamante en un vidrio, hacen una raya.
Nordeste y sol. La sombra de las aves remotas
se desliza por sobre el oro de la playa.
¡Oh tristeza de las cosas vagas y errantes,
de todo lo que en el silencio se desliza!
Nuestro paso por el vivir es, caminantes,
como tenue sombra en la arena movediza.

Mira la ola. Viene, sobre el azul convulso,
coronada de lirios, vestida de sonoro
cristal, y se derrumba con majestuoso impulso,
y canta, y muere, y se sume en la arena de oro.
Vete, hombre, así en el flujo eterno de las cosas.
Resbala hacia la muerte con majestuoso paso,
vístete de pureza, corónate de rosas,
y canta al derretirte sobre el aurino ocaso.

VAS delante de mí, sobre la playa; oh amada.
La huella de tus pies queda en la arena húmeda.
Así, en mi vida y en mi alma,
habrá siempre una huella tuya.
¡Ay! Una ola audaz y silenciosa
de la arena borró el recuerdo de tu paso.
Las horas pasarán por mi memoria,
y una, la más audaz y silenciosa,
tu huella borre acaso.

RESBALANDO con indolencia,
vuelven de la pesca las lanchas.
Las mujeres esperan sobre el acantilado,
rígidas contra el cielo, como estatuas.
El viento les azota los vestidos.
De repente, los brazos yerguen, como canéforas.
¿Dan la bienvenida al marido?
¿O preguntan si hay mucha pesca?

En el azul de luz increada
flota al viento la hermosa gaviota blanca,
sin mover las alas.
El alma hacia ella se levanta.
La gaviota grazna.
Desarmonía, desilusión.
¿Por qué no canta la hermosa gaviota
como la fea alondra
y el feo ruiseñor?

El promontorio avanza mar adentro
y destaca en el oro del cielo.
Los seminaristas,
en larga fila,
pasean por el lomo
del promontorio.
Son como cipreses negros;
y el promontorio como un cementerio.

He cogido un cangrejo.
Le he arrancado una tenaza.
Le he dejado prisionero
en el charco de una peña, de donde no se es-
[capara.
Le he visitado de tiempo en tiempo.
Le ha vuelto a crecer la garra.
No me ha sorprendido el suceso.
Entre los hombres lo mismo pasa.

En un pegujar, junto a la playa;
un corralillo con gallinas.
Las gallinas picotean
y engullen menudas guijas.
¿Para qué se comen las piedras?
Porque así en el buche fabrican
el cascarón para el huevo;
para acorazarlo
y empollar la cría.
Ves cómo, sin la mano de Esopo,
das por el mundo con la fábula.
Sigue la moraleja.
Que haya en tu espíritu algo de dureza:
o tus obras serán obras en fárfora.

EN un prado, a la vera del mar,
bajo un árbol,
estoy tendido,
con los ojos cerrados.
El zumbido del mar eterno
colma la copa del cielo.
Hay sol.
En torno a mi cabeza
revuela un moscardón.
Gira. Gira. Me oprime
como una obsesión.
Y el zumbido del insecto
es más penetrante e intenso
que el zumbido del mar eterno.

En un canchal de roca negra
crece una higuera.
En la estéril y enjuta arena
crece otra higuera.
Una y otra están grávidas
con el fruto de miel.
Humilde, haraposo, bíblico árbol;
ejemplo de caridad y de fe.
Das dos cosechas al año.
Y de piedra y arena extraes miel.

NOCHE. Lluvia de estrellas. Hierve el cielo.
Se han vuelto locas las constelaciones.
En la arena también hay un delirio
de estrellitas fosforescentes. Son los míseros
[fulgores.

TUMBADO al sol; siento mi cuerpo
como rudimentario organismo,
como una esponja que se empapa
de placer inconsciente, de agua tibia y densa
[de olvido.

1905.

CREPÚSCULO



ENIGNA MISE-
[RICORDIA
de tierra y cielo, a
[la tarde!
Olvidanza de uno
[mismo;
liberación de la
[carne;
sueño de pureza, sobre
el regazo de una madre.

El momento indeciso.

El campo está claro, pulcro,
vitrificado, de esmalte.
Un crepúsculo venoso
y bruñido, como jade.
Hay un no sé qué en mi pecho.
Hay un no sé qué en el aire.
Todo está quieto, cual si
fuera a materializarse
eternamente. La rosa
palidece. La bacante
encubre el seno lascivo.
El sátiro, entre el boscaje,
suspira. Sobre la mar,
lirios sin aroma. Un suave
vellón de corderos en
el rotundo otero. Un ánade
que vuela. Una golondrina
que vuela. Un fuego que arde
en el monte. Todo está
suspenso e inmóvil, aunque

se mueva; quietos el pájaro
que vuela y el fuego que arde.
Densa e infinita angustia;
congoja de lo inefable.
¿Arrobo místico?, ¿espasmo
voluptuoso? No se sabe.
¿Es, quizá, el alma que ansía
desnudarse del ropaje
corpóreo, o quizá el instinto
turbio que exige su parte
de bestialidad gozosa,
de rudo y pagano alarde;
ahora que salen las ninfas
desnudas hacia el estanque?

AFIRMACIÓN de uno mismo;
sacudida de la carne;
sueño sensual, en un lecho
de plumas, tibias y suaves.
¡Concupiscencia exquisita
de cielo y tierra a la tarde!

1905.

LOS BUEYES



OR LAS CALLE- Momento necesario.
[JAS VAN, POR
[LOS CAMINOS
pedregosos y pinos.
[Son ya viejos,
para el trabajo in-
[útiles, bermejos,
de hirsuto pelo: son bueyes cansinos.
Van tristes. So la piel de las caderas
les apuntan los huesos. Las cutrales
los contemplan, con ojos maternales,
levantando el testuz, en las praderas.
Los bueyes no las ven. Llevan los ojos

perdidos. Filosofan. Con la frente
abatida, se alejan. Al poniente
marcha el rebaño de los bueyes rojos,
de los bueyes cansinos. Uno mira
al cielo. Sobre el fondo de oro y grana,
recorta en negro la cabeza anciana
sus cuernos, que parecen una lira.

Quizá alguno recuerda el claro día
de la niñez, cuando era lindo y puro,
y un manantial gustoso le ofrecía
la ubre rosada de pezón oscuro.
Retozaba en los muelles prados luego.
Le inspiraban afán todas las cosas,
y perseguía en insensato juego
las brillantes y absurdas mariposas.
Naciéronle más tarde los pitones
—¡oh pubertad, oh edad de maravilla!—,
que son como el barbar de los varones
en el género humano. Una novilla
le hizo tilín, le levantó de cascos,
le turbó con volcánica pasión.
¡Ay! Le aguardaba el chasco de los chascos,
es decir, la terrible castración.
Y después, de por vida la carreta,
el servil yugo, la aguijada impía.
Sufrió y halló al final una receta
a su dolor en la filosofía.

¿Qué son los hombres, más o menos pronto,
ricos y pobres, súbditos y reyes,
el pillete, el honesto, el sabio, el tonto;
que son, a su manera, sino bueyes,
víctimas impotentes? El bovino
piensa. Y añade: el hombre a centenario
llega, y con veinte abriles es cansino
el pobre buey, es valetudinario.

Los bueyes marchan cavilosos. ¡Güé,
arre!, grita el boyero, y la verdasca
esgrime, que en el cuero hiere y chasca.
¿No sospechan los bueyes su ananké
adverso; la ciudad, el matadero?
En la paz de la aldea, hacia el ocaso,
entre árboles en flor, por un sendero,
paso a paso caminan, paso a paso.

1905.

EL CISNE NEGRO



OBRE EL ESTAN-
[QUE CALMO,
[QUE REPITE
la transparencia añil
[del firmamento,
como un dolor alti-
[vo, flota inmóvil
el cisne negro.

El momento carnal y sombrío.

En redor, todo es óptimo y pagano:
aves, cantos, perfumes, rosas, céfiros.
En medio, el pesimismo aristocrático
del cisne negro.

Pavonea el pavón su empavonado
manto de agrio color, por un sendero.
Mírale con desdén alto y sombrío
el cisne negro.

El cisne blanco e híspido, el loado
cisne de los poetas, cuán plebeyo
cabe la sutileza tenebrosa
del cisne negro.

Para gozar la sonrosada carne
de Leda, prefirió el jocundo Zeus
encarnarse en el cisne alegre y blanco,
que no en el triste y negro.

En ti encarnó tal vez aquel hermoso
y dulce y amargado rey hebreo
—miel vertió en el Cantar de los Cantares
y hiel en los Proverbios—,

para gozar la ardiente Sulamita
de forma recién núbil y piel de ébano,
y quedar, de recuerdo y de lujuria,
eternamente triste: ¡Oh cisne negro!

1906.

EPÍSTOLA A «AZORÍN»



CHO DE VER, A
[VECES, MI
[QUERIDO
[«AZORÍN»,
que te embebe y
[enturbia una
[nube de *spleen*.
Entonces dices: esto va mal, esto va mal;
(pensando en el ya clásico terremoto mental).
¡Oh noble amigo, oh gran filósofo pequeño!
Harto se nos alcanza que la vida es un sueño;
mas llega un punto en que, de apacible y sencilla
se muda en arbitraria y loca pesadilla.

Con el claro y rotundo monóculo en un ojo,
en la mano el arcaico paraguas, color rojo,
luego la tabaquera, esculpida, de plata,
y, allá en lo íntimo, sorda misantropía innata,
vagaste entre los hombres y los libros, a cientos.
Ahora te encuentras como rendido y sin alientos.
Los libros te parecen inútiles; livianos
los hombres. Sólo encuentras dulzura en unas
[manos
de niña, en unos ojos de cándido mirar,
en una boca cuya sonrisa es triangular,
como la de Cleopatra. Ahora estás en franquía,
has llegado a la cumbre de la filosofía;
ahora, que, suavemente, nos muestras el can-
[sancio
de lo inútil, lo frívolo, lo soberbio, lo rancio,
y, como si gustases un halago de brisa,
te tiendes al amparo fresco de una sonrisa.

Te hallas, amigo, ahora, en mi amada Vetusta,
la noble, la leal, la devota, la augusta.

Acaso sientes que esta mi ciudad te convida
en su tácito seno a afincar de por vida.
Acaso esa señora prócer, la catedral,
te inculca ideas mansas con su voz de metal.
Acaso, dormitando en el calmo casino,
hayás pensado hacer un alto en el camino.
Acaso en la alameda, a la postmeridiana
hora, hás ambicionado que el día de mañana
sea como el presente; los días siempre iguales
como en una vereda florida los rosales.

Todo calla. Es la hora asoleada y lenta
con que principia nuestro gran libro, *La Regenta.*
Se siente el bienestar templado del estío,
y del pecho parece que brota un ¡ay, Dios mío!
¡Ay, Dios mío! ¡Qué paz! ¡Qué paz!

He aquí la buena
vida, la vida humilde, monótona y serena
que nos llama del fondo de estas graves mansiones
en cuyo atrio se olvidan todas las ambiciones.

Sacudamos al borde de los atrios mezquinos
la sandalia con polvo de todos los caminos,
y apuremos, a fin de templar nuestro ardor,
la copa con el agua diáfana del amor.

He aquí la vida buena, la vida gris y llana
que nos requiere en esta guarida provinciana.
Azorín; olvidemos menudos intereses,
vivamos como ingenuos y sencillos burgueses.
Bebamos con sosiego; yantemos con holgura
esos pingües manjares de gustosa natura.
Y por dar pasto luego a la humana exigencia,
que pide alguna cosa más que la mantenencia,
igual que el Arcipreste, nuestro amigo, el de
[Hita,
busquemos una duenna falaguera y bonita.

De esta suerte, los años rodarán, día por día,
con una mansedumbre y una monotonía
deleitosas. Tomamos el pequeño bastón
y deambulamos lentamente la población.
Quizás nos detenemos a contemplar un can.
Acaso hacia nosotros se afana Sebastián.
—Querido Sebas, ¿cómo va esa caricatura?—
le decimos.—Hoy hice varias *super*—murmura.
Seguimos juntos. Luego nos cruzamos con Luisa,
de oscuro. Suponemos que va o viene de misa.
Contemplamos su rostro lindo, su andar ligero,
y los dos nos quitamos el pequeño sombrero.
Luego vemos a Luis, Pepe, Nicasio, Antón,
al Maestro, a Victoria, o Anita, o Asunción.

Y allá, *Azorín*, siguiendo la hebra del tiem-
[po enjuto,
que aunque se mide en años sólo dura un mi-
[nuto:
ya transcurridas, ora trágicas, ora necias,
en el ancho y activo mundo mil peripecias,
y que en nosotros asga la vejez sus rehenes
—el corazón nevado y nevadas las sienes—,
quizá entonces un día nos hallemos tú y yo
comparando el presente con lo otro que pasó,

Sobre el haz de la tierra, la humanidad huraña
derribará los tronos... menos uno, el de España.
Ya que no los prohombres políticos hodiernos
serán nuestra delicia sus hijos y sus yernos.
Julita Fons, y la Chelito, y la Pastora
seguirán siendo jóvenes y estrellas, como ahora.
Harán de ingenuas Concha Ruiz y María Gue-
[rrero.
Se dirá: el gran pintor Moreno Carbonero.

Llamarán a Unamuno, todavía, chiflado,
y Baroja, aunque rico, irá desarrapado.

Y hablaremos: hace años, por detener la huída
de las horas, quisimos reposar de por vida
en la paz y el remanso de una urbe provin-
[ciana,
donde se confundiesen ayer, hoy y mañana.
Fué momentáneo antojo. Luego, nuestro destino
nos empujó de nuevo a seguir el camino.
Ya has sido diputado, gobernador, ministro.
Yo he meneado el plectro y enarbolado el sistro,
en poemas inútiles, para pasar el rato.
Henos aquí, en el sol de otoño, aurino y grato,
aunque viejos, en una dichosa beatitud,
rememorando nuestra perdida juventud.
¿Perdida? No por cierto. Mecemos la mirada
en torno, y exclamamos: nada ha pasado,
[nada.
Acaso el mundo tiembla con hondo cataclismo;
pero aquí, en nuestro suelo, todo sigue lo mismo.

No ha habido peripecias ni trastrueques extraños.
Creemos que vivimos hace cincuenta años.
¿La vida será un sueño, un irreal empeño?
Naturaca. En España, sí, la vida es un sueño.

1906.

LOS MODOS

EN LA MARGEN DEL TORRENTE


LMA QUE UN
[DÍA AMÉ,
[ALMA IN-
[FUNDIDA
en una forma frágil
[y huidera;
alma que era el
[oriente de
[mi vida.
Y mi vida era toda primavera...

Una amada muerta.

Alma graciosa, gracia adolescente,
en delicado cuerpo femenino,

que se perdió en la sombra eternamente.
Y yo hube de seguir, solo, el camino.

Quebrado el pomo de alabastro terso,
roto el fanal sutil de líneas puras,
¿a qué buscar sentido al Universo
y perseguir vereda, si ando a oscuras?

Quebrado el pomo, el bálsamo sagrado
derramóse en tinieblas; de repente
se perdió, se voló. Dios ha cegado.
Y enmudecieron ruiseñor y fuente.

Yo conocí el espíritu escondido
que anida en las estrellas y en las rosas.
Extinguida tú, alma, se ha extinguido
el alma innumerable de las cosas.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Te busco a tien-
[tas.
Hacia el sordo misterio tiendo en vano

el eco de mis voces macilentas
y la angustia aterida de mi mano.

Mar, elocuente ayer, cielos desnudos,
bosques, ríos de azur en la llanada;
hacia vosotros voy. Pero, ¿estáis mudos?
¿Tenéis alma tal vez? ¿No decís nada?

Alma; espiando indicio tuyo o rastro,
llanto en el corazón, la mano abierta,
te imploré congojoso de astro en astro
cual mendigo que va de puerta en puerta.

Al fin, junto a la margen del torrente
me he sentado, en espera de mi día,
mirando cómo todo lo existente
fluye sin plan, sin orden ni armonía.

1908.

LOS OJOS DE MIREYA



ISTRAL, VÁSTA-
[GO VERDE
[DEL ABUELO
que no veía, de
[la siciliana
zampoña tañedor,
[hijo de un cielo
revestido da luz grecorromana,

donde un eco de liras, del remoto
antaño, va en alondras convertido,
y en la mujer es la pupila un loto,
por la olvidanza, o como el vino hervido;

aquel vino entusiasta de Castel,
vino real, imperial, pontifical,
que en tus labios vertió brasas y miel
y eterna hizo tal vez tu voz, Mistral.

Dinos, Mistral: ¿es cierto que has mirado
los ojos de Mireya, raro y noble
color, tan humildoso y remansado
como el río que duerme al pie del roble?

Nos dices que eran negros, y tan suaves
como el casto rocío matinal.
Negros... Quizás dos diamantinas llaves
temblando del misterio en el umbral.

¿Por qué no fueron verdes? Tal la hierba
que, entre el bosque, es frescura ensombrecida.
Así fueron los ojos de Minerva,
y el agua que se ve, como dormida

y desnuda, en el límpido recato
de la esquiveza umbrátil de Valclusa,
donde a Petrarca dió su beso Erato,
la más tierna y la más cándida Musa,

cuando gemía, de la dulce Laura
entre la red de amor, manso cautivo.
Verdes, como los de Clemencia Isaura.
Verdes, como la rama del olivo.

Verdes, como las ágiles goletas
que a Marsella llegaban, de países
fabulosos, surcando las inquietas
sonrisas del antiguo mar de Ulises.

Y que, cuando el arquero en la sedeña
sien de Mireya hundió dardos fatales,
en sus ojos quedara una risueña
lumbre y dos esmeraldas inmortales.

1908.

JARDINES

A Santiago Rusiñol.



L HOMBRE NO
[ES SU TRAZA
[CORPORAL,
ni es su palabra
[volandera,
ni lo que haya bien o
[haya hecho mal,
ni nada externo y por de fuera.

Modos del alma.

Todo él está en moradas interiores,
más allá de la carne oscura;
y nunca ojos habrá, salteadores,
que profanen esta clausura.

Selladas han de estar moradas tales.
La soledad es su atributo;
y, como en los jardines conventuales,
el silencio sazona el fruto.

Este es el hombre, sombra caediza,
ciega, vehemente y errabunda,
que en la interior morada solemniza
su significación profunda.

Igual la tierra, ciega y vehemente,
—sombras hacinadas sin cuento—
parece sosegar con luz consciente
en un interior aposento.

El tumulto de fuerzas, ahora afines
y luego enemigas, se encalma
y halla conciencia y expresión. Jardines.
Dijéranse modos del alma.

El estanque en arrobo es ojo casto
y de firmamento está hambriento;
que no le sacia el diamantino pasto
de la carne del firmamento.

El ciprés caviloso, erecto y fuerte,
que en lo azul recorta su ojiva,
no es otra cosa que el miedo a la muerte,
por amor a la rosa viva.

El rojo del clavel, carnal congoja.
Y la cencida superficie
verde del prado, y una que otra hoja
seca; dolor en la molicie.

La estatua mutilada, ídolo roto;
la fe que perdió su entereza.
El borboteo de un anhelo ignoto
sobre el musgo de la pereza.

Las avenidas tersas y nevadas,
perdiéndose en lós arrayanes,
igual que entre flaquezas emboscadas
se derriten nuestros afanes.

Y las sutiles aves huideras
sobre un ocaso de carmín;
memorias, ilusiones y quimeras.
Y al fin, el último jardín.

Santiago; tus pinceles poetizan
las cosas, con clarividente
emoción, y en tus parques se deslizan
las almas silenciosamente.

1912

LA CENDOLILLA QUE DANZA



RES CÁNDIDA
[Y PER-
[VERSA,
llena de gracia pri-
[mitiva,
llena de gracia
[natural,
llena de gracia irreflexiva.
Eres como una brisa salitrosa
y atemperada, que desde la mar
viene y pasa riendo sobre la tierra seca,
que eso es mi alma.
Sabes de las malicias sin haberlas gustado;

adormeces los ojos lúbricamente;
toda entera palpitas, como una llama;
y eres fría y no sientes latir la carne,
esa carne que yo deseo.
A tu gracia espontánea de animal joven,
¿quién le ha enseñado el gesto torpe, lascivo?
¿Por qué no te sonríes como los ángeles,
con tu boca divina que yo he besado,
yo solamente... sin que tú me besaras?
Te adoro, yo te adoro, virgencita
insensible y alada.
Te adoro por tu alacridad maravillosa,
cuando en torno mío giras,
cuando en torno mío danzas
—como ante un sultán viejo una esclava
enamorada de un pastor ausente—,
cuando brincas con pies rítmicos,
alocadamente,
ebria de la danza,
ebria de ti misma,
con las naricillas rosadas tremantes,

al aire los brazos, como alas,
el incipiente seno jadeante...
Luego te apoyas en mí y tu aliento me halaga.
¡Oh, cómo te amo cuando en torno mío giras y
[danzas,
y me envuelves de animalidad inocente,
y como que me abres los sentidos a los días
[remotos
del padre Adán y de las selvas intactas;
la primera salida del sol,
el mullido de la yerba tierna, infantil,
por donde volaban las primeras mariposas
que Dios crió y luego te había de dar por
[pensamientos...!

1910.

DANZA UNIVERSAL



UJER DE RISA
[DILATADA
y fabulosa — mirra
[y sal—;
mujer, dúctil como
[una espada;
mujer, ágil como
[un puñal,
que danzas, ninfa actualizada,
en un music-hall o un kursaal,
y aun pones lumbre en la mirada
del chivo, de boca sensual,
cuando giras acompasada
al son mítico y oriental

Ante una bailarina famosa.

de la castañuela aconchada
o del címbalo de metal...;
aunque en barro humilde amasada
y urdida en urdimbre mortal,
eres luz y clave increada
del gran enigma universal.

Todo; lo junto y lo disperso,
lo semejante y lo diverso,
todo danza en el universo.

Todo es un huidero hechizo,
todo es frágil y caedizo,
como el trigal bajo el granizo.

Todo es saltante y todo huye,
todo es danzante y todo fluye...
Y ya nada se restituye.

Danza la hora fugitiva,
danza la barca a la deriva,
y el sol a través de la ojiva.

Danza en el sol la mariposa
en torno a la rosa pomposa;
y danza en el tallo la rosa.

Danza la brisa en el pinar,
y danza el pino al atierrar,
y danza la llama en el lar.

Danzan las nubes en el viento,
y danzando en el firmamento
van ave, canto y lamento.

El agua danza en el regato,
—la espuma le empareja un rato—
y danza la oveja en el hato.

El polvo danza en el camino,
el trigo danza en el molino,
en la cuba danza el buen vino.

La campana en el campanario,
la brasa con el incensario
y el diablo en el antifonario.

El llanto danza en el salterio,
las almas en el cementerio
y las sombras en el misterio.

En el innumerable mar
las olas danzan sin cesar;
sirena y tritón a la par.

En el árbol, como sonajas,
las hojuelas, altas y bajas,
y en redor del trillo las pajas.

El humo danza sobre el techo,
y la víbora entre el helecho,
y el corazón dentro del pecho.

Por el palo el oso y el can,
por el pan el pelafustán,
por la venera el chambelán.

Este destino el orbe encierra;
todo danza sobre la tierra.
El hombre danza en paz y en guerra.

NADA corrige, nada inmuta
esta gran danza universal.
Dios es quien lleva la batuta,
yo no digo si bien o mal.

Padre Adán danzó en el Edén,
y sus hijos, en tanto sobre la tierra estén,
han de seguir danzando, por su mal o su bien.
Y por siempre jamás. Amén.

1915.

CONTRA ESTOS SIETE VICIOS...



UES SEÑOR... Cuento de niños.

Una vez, érase que
[se era
un jardín en prima-
[vera.
¡Cuánta flor!...
Flores azules y rojas
y blancas; de todo había.
Pájaros entre las hojas,
charlando en algarabía;
el gorrión,
travieso como un chiquillo;
el verderón,

cuyo canto es mañanero;
y el pardillo,
de pechuga bermellón;
y el jilguero,
con sus toques de amarillo.
Avenidas arenosas,
entre rosas,
cuyo olor se va a mezclar
al del adusto pinar.
La gaya pradera rima
con la joven arboleda.
Y un dosel azul, de seda,
encima.

CUANDO el pájaro pía en cada rama
con voz más insolente,
y el sol va caminito de la cama,
como un niño obediente,
y la triste fuente,
por bajo el pinar,
tiembla, suspira y siente
deseos de hablar,
y acaso un ave misteriosa vuela
hacia el áureo confín,
siete niños que vienen de la escuela
invaden el jardín.
Son como el agua viva que se vierte
de la montaña; gozo perennal,
vencedor del olvido y de la muerte,
del silencio y del mal.
Saltan y es todo lumbre su sonrisa,
que la inquietud no altera.
Cada grito que dan, flota en la brisa
como alegre bandera.

SIETE son los niños
que hay en las veredas
del jardín fragante
de la Primavera.
Son siete diablejos,
y en capullo encierran
los siete pecados
que al mundo domeñan.

Soberbia. Juan, que por ser rico
a todos desprecia.

Avaricia. Pepe, que de ahorros
tiene la hucha llena.

Lujuria. Jesús, que a las niñas
pellizca... y aun las besa.

Ira. Luis, que cada día
toma una rabieta.

Gula. Enrique, a los otros
roba la merienda.

Envidia. Eduardo, que llora
si a alguno festejan.

Pereza. Y Alfonso, que siempre
se duerme en la escuela.
Siete son los niños
que saltan y juegan.

Y estando así, para pasar dos horas,
    entre chanzas o riñas,
en el jardín se encienden siete auroras,
    porque entran siete niñas.
Rubias guedejas de cardado lino
    o de trigal maduro;
ojos en donde brilla un diamantino
    eco de lo futuro;
ojos azules, negros y esmeralda;
    melodía y estrellas;
lo casto y lo sutil; una guirnalda
    de cisnes, convertidos en doncellas.
Quien por ventura las mira,
suspira
y se sonríe a la par;
siete cuerdas de una lira;
siete flores de un altar.

EUGENIA,
humilde como la violeta.

AMPARO,
dadivosa, como de su aroma el nardo.

ELENA,
pura como azucena.

ROSAURA,
benigna como una malva.

AMELIA,
y su palidez de gardenia.

ROSA,
amorosa, puesto que es rosa.

SACRAMENTO,
ágil como pétalo en el viento.

entre los rosales,
bajo la arboleda.
Ved cómo se ríen.
Ved cómo se besan.
Ved cómo las aves,
desde sus viviendas,
callan y a mirarles
tuercen la cabeza.
Ved cómo en el cielo
se asoma una estrella.
Y ved, ¡oh milagro
que obra la belleza!,
a Juan, humildoso,
de soberbio que era;
liberal a Pepe;
a Jesús, que apenas
a besar se atreve
la mano de Elena;
a Luis, el colérico,
manso como oveja;
al glotón Enrique,

dando su merienda;
a Eduardo, mirándose
en la dicha ajena;
y a Alfonso, más vivo
que devanadera.

ASSEZ. *Too late.* Las hoscas secas institutrices
del encanto dan fin.
Con pie desnudo huyeron los momento felices.
Está solo el jardín.
Es noche. Los luceros alfombran la vereda
de fosfórica bruma.
Se han dormido los pájaros, que están en la
[arboleda
como rosas de pluma.
Las luciérnagas dejan sus guaridas,
del seno de los mirtos taciturnos,
y salen, con linternas encendidas,
como guardias nocturnos.
El olor de las flores quebranta su clausura
por volar en el viento.
Y la fontana humilde canta entre la espesura
con quejumbroso acento.
En la noche de paz y maravilla,
moviendo un son de suaves laúdes con su vuelo,
desciende un serafín.

PÉREZ DE AYALA

Pliega las alas, dobla la rodilla,
y sus labios de luz posa en el suelo
del jardín.

1910.

EPIGRAMAS



N GRAN FILÓ-
[SOFO QUE
[YO CONOCÍ
decía que es toda
[la ciencia ilusoria
y sólo hay tres ar-
[tes, llamados así:
uno la enotecnia, otro la aleatoria
y otro la ginecofilia. Para hablar
claro: es el primero, arte de beber;
el segundo, el arte de juegos de azar,
y el último, el arte de amar la mujer.

Vivir no es sino amar.
Amar, tres cosas puede ser:
desear, poseer, recordar.
Pero la posesión suele amargar,
como el recuerdo entristecer.
Sintámonos vivir,
poniendo un poco lejos el placer,
aun cuando lo podamos conseguir.
Caminar al mañana, y no al ayer.
Desear, desear hasta morir.

REDONDELAS



UBE AL MONTE; [MIRA EL [LLANO

De arriba abajo.

Pon la mano de vi- [sera.
Verás la gris y hui- [dera
onda del dolor humano.
Todo fluye. Y fluye en vano.
Ha huído la primavera
de la florida ladera.
Sube al monte; mira el llano.

Quita del ceño la mano.
Ya es un recuerdo el verano.
Ya cae la nieve primera.
Ríe, hermano. Llora, hermano.
Sube al monte. Mira el llano.

Esclavitud.

¿Llorando estás, pobre ilota,
por la libertad ansiada?
Nadie es libre, ni lo es nada.
Todo en el Destino flota.
El liberto a fuerza ignota
tiene su vida añudada.
Se cree dueño de su espada,
y es de su espada un ilota.

Ya está tu cadena rota.
¿Vives? Tu suerte está echada.
La vida es la más pesada
esclavitud.—La gaviota
flota al viento.—Pobre ilota.

Cuántas rosas.

CUÁNTAS rosas. Cuántas rosas.
Cuánto sol. Qué dulce brisa.
Cuánta danza. Cuánta risa.
Cuántas mujeres hermosas.
Cuántas piernas armoniosas.
Cuánta mirada sumisa.
Cuánta Venus en camisa.
Cuántas rosas. Cuántas rosas.

Besos. No seáis morosas.
Besadme otra vez; de prisa.
¿No oís que alguien cerca pisa
Con pisadas sigilosas?
Cuántas rosas. Cuántas rosas.

Viva la estulticia.

Yo digo: ¡Viva la estulticia!
Yo, en anhelo de conocer
hombres y libros, llegué a ver
que el saber todo lo desquicia.
Ni aun hallaréis vuestra leticia
en el amor de la mujer;
ceniza hoy, brasas ayer.
Yo digo: ¡viva la estulticia!

Mirar la garra en la caricia.
Regusto de hiel al beber.
Una vez sabio, el triste ayer
de la ignorante puericia.
Yo digo: ¡Viva la estulticia!

Me reiré de la Muerte.

ME reiré de la Muerte.
A ella van el bien y el mal
a fundirse en un fatal
remanso negro e inerte.
En su sirte, de esta suerte,
se estanca el barco jovial
que lleva a prora un rosal
de besos, cara a la muerte.

Oyendo el sordo metal
que apaga entre su voz fuerte
la festiva bacanal,
con una risa inmortal
me reiré de la muerte.

EL BARCO VIEJO



ÍA ADENTRO, en el remanso [quieto
de un estero,
cenagoso, verdi- [negro;
espejo
de olvido, de tedio
y de fantasmas de ensueño,
yace sobre su costado izquierdo,
que es ahora el de barlovento,
el barco viejo.
Cuando era mozo,

In memoriam.

ágil y velero,
de un alegre color verde Nilo
tenía pintado el cuerpo.
Aún le queda a retazos la hermosa piel de antaño,
que una lepra planteada le ha ido lenta royendo.

Y ahí está, como un leproso bíblico,
al borde del camino, expuesto
—la ría, encrucijada de caminos—
a la lástima de los romeros.

UNA dulce ternura me invade,
mirando al barco viejo:
Dentro del alma
se me abren las esclusas del recuerdo.
Bajo la inundación mansa y copiosa,
no sé si mis dolores, los de hoy y los añejos,
se anegan en el fondo,
o si flotan ligeros.
Episodios infantiles
con melancolía renuevo.
En mi familia hubo
armadores y navieros.
Yo era muy niño, seis o siete años...
La casa estaba asentada sobre un roquedal
[costeño.
El mar saltaba al jardín
en las tormentas del invierno.
Yo pegaba mi rostro a la verja,
y me gustaba que el viento
trajese espumas a mi frente y sabor de sal a mi
[boca.

Mi corazón temblaba de misterio.
Veía las sutiles goletas, de casco de lanza-
[dera
y blanco velamen enhiesto;
la Ramona (por mi madrina),
las Tres Marías, la Remedios.
Según el nombre femenino,
yo les atribuía sexo;
creía que naves y flores
eran princesas, cautivas en un encantamiento.
Hacia el rudo y medroso mar
cerraba sus brazos el puerto,
más bien alas de una clueca enorme
que abrigaba y defendía sus polluelos,
las lanchas boniteras
y las traineras de remo,
todas con nombres de mujeres y de virtudes,
madres, hermanas y novias de patrones y
[marineros:
Socorro, Esperanza, Rosario,
Caridad, Olvido, Consuelo.

Unas a entrambos lados de la prora
tenían pintados grandes ojos abiertos,
y, al cabecear, parecía
que querían romper el silencio.
De aquellas emociones pueriles
he guardado en todo momento
amor a las tormentas misteriosas
y a la serena claridad del puerto.

Años después, bastantes años,
las veladas en el hogar paterno.
Mi padre, de sobrecena,
hacía que le leyésemos
cuándo Alarcón, *El diario de un testigo*,
cuándo Dumas, *Los tres mosqueteros*.
Los había oído ya muchas veces
y por eso los hallaba amenos,
porque de antemano anunciaba
lances y acontecimientos.
Interrumpiendo la lectura
—ojos brillantes, ademán profético—,
decía: «Ya veréis; ahora viene
cuando Prim, en los Castillejos...»
O bien: «Ahora, Aramís astuto
a sus perseguidores da un quiebro.»
Otras veces — mirada lejana, sonrisa en los [labios—
contaba cómo siendo soltero
había hecho la corte a mi madre.

Mi madre, todo ruboroso el rostro miope y
[benévolo,
murmuraba: «Calla, hombre, calla...»
Pero mi padre proseguía el cuento,
y contaba un viaje a la Habana,
en un barco como éste: un velero.
Tres meses duró el viaje.
Porque era castellano viejo,
nacido en tierra de Campos, mi padre amaba
[el mar.
Cuando con tiempo recio
el barco navegaba a toda vela,
y zumbaba el aparejo,
y crujían las cuadernas,
y temblaban los pasajeros,
mi padre, enardecido,
decía al capitán: «Más trapo, Anselmo.»
Luego, las calmas chichas del golfo de las Yeguas,
calmas de un mes entero.
El barco enraizaba en el mar,
como oasis en un desierto.

Arriaban el esquife
para dar largos saleos,
o cazar al arpón las doradas
con que trocar por un bocado fresco
salazón, tasajo y galletas.
¡Días de calma, paradisíaco sosiego
bajo las estrellas tropicales;
otro firmamento el mar, pero en sentido inverso!
Llegó el buque, al cabo, a la Habana.
Mi padre, al poner pie en el puerto,
lloraba por la vida que abandonaba.
Y aunque allí iba a ganar dinero,
abdicó, y en el mismo barco
retornó al patrio suelo.
¿Por gusto de la vida de navegante?
Quizás. Y, sobre todo, que en un rincón costeño
de la vieja metrópoli,
al partir había dejado la hierbabuena en el huerto.
Le aguardaba la novia;
la que había de ser mi madre luego.

En aquellas noches de calma, padre mío,
cuando cantabas cara al cielo,
quizás en el alma sentías
congojas inefables a modo de requerimientos.
Era mi vida, aún nonnata;
mi alma, que rebullía en el seno
de la nada, y que te pedía
corpóreo alojamiento.
Eran mi destino y el tuyo
gravitándote sobre el pecho.
A veces me asalta
un mal pensamiento.
¿Por qué obedeciste al destino?
¿Por qué seguiste el forzoso derrotero?
¿Por qué no me abismaste en el hondo mar de
(las cosas
que pudieron ser y no fueron?
¿Por qué me diste la vida
y con la vida el pensamiento?
Hiciste bien, padre mío.

Hiciste bien. Agradezco
con amor infinito y ardiente
esta vida que a ti te debo,
esta vida limpia y altiva,
que un santo dolor, como fuego,
ha purgado de escorias.

Creo verte, padre mío,
la noble cabeza, de blancos cabellos;
los ojos veraces,
profundos, atentos;
los labios, que nunca albergaron
palabra vana o falso juramento.
Saliste al paso a la muerte.
Solo y pobre ante el mundo me encuentro.
No hacienda, sí otra cosa más rica me has dejado:
alma honrada, corazón sincero,
ambición de lo noble,
compasión hacia lo plebeyo.
Ojalá que de mí se diga:
«es un hombre», como de ti dijeron.
Y ahora, por las rutas del mundo
en busca del tesoro verdadero:
la mujer semejante a mi madre,
para mí esposa. A ver si la encuentro.
Y que los hijos nos amen
con el culto que os profeso.

1908.

DITIRAMBOS

EL ENTUSIASNO



NTUSIASMO,
[CUYA TÚNI-
[CA VUELA
[EN CLÁSICO
[DECORO,
como en la alada
[victoria de
[Samotracia;
cazador de las flechas de oro,
que asaeta las bestias negras de la desgracia.
Tú, que vas, robusto flechero,
por el celeste sendero
de azul cristal,

igual
de raudo que el neblí.
¡Hunde un dardo tembloroso en mi barro tem-
[poral!
¡Habita en mí!

Mi pecho está como copa vacía,
todo cóncavo, obscuro y anhelante.
Cólmalo hasta los bordes de ambrosía,
de licor ígneo e inebriante;
y que me enfervorice con provocada pasión in-
[terna;
y que el alma se me abreve de lo infinito sin
[tasa;
y en cada minuto que huye que viva la vida
[eterna;
y los ojos y los labios que sean brasa.
Dame que viva un instante
de dionisiaca y cuerda locura,
devuelto a la libre y ciega Natura.
Como la bacante

y el coribante
fuera de seso
que en el agua del arroyo gustan leche dulcí-
[sima,
y truecan las panteras en corderos
y a la paloma hacen lasciva,
y abandonándose a los excesos
desentrañan la cósmica armonía,
y posesos
por el dios hirsuto y ubicuo
todo piensan que es obra suya y que todo es
[divino.

Haz, Entusiasmo, que, por todas las cosas,
yo también sienta entusiasmo de creador;
por las espinas y por las rosas,
por el campesino olor
a leña de la cabaña,
por la ciénaga y el lago,
por la nieve en la montaña,
por el vago

aliento del bosque penumbroso,
por la lluvia que hace oler la tierra,
por el olivo del reposo,
por el laurel de la guerra,
por la abeja que labora
la miel de su panal,
por los que hablan a toda hora,
por los que saben hacer el mal,
por la cicuta de la injusticia,
por el cardo del desamor,
por el alba de la leticia,
por la noche del dolor,
por el feo sapo granudo,
por la elástica pantera,
por el árbol seco y desnudo
de invierno, por la primavera,
por la fragancia del heno,
por la boca del amor,
por el vientre, por el seno,
y por todo este mundo, que es bueno...
aunque pudiera ser mejor.

Dame, Entusiasmo, tu flecha dorada,
dame tu esfuerzo, tu vino de lumbre,
de manera que sienta aliviada
de la vida la gran pesadumbre.
Y luego un acento violento infunde en mi
[canto.
Toma en tus manos de viento mi acento.
Disuelve en la nada mi canto.
Arrebátame en un invisible
pliegue de tu manto.
Toda esperanza perdida,
hacer banderas con la estofa desgarrada de la
[vida.

1908.

LA ILUSIÓN



LUSIÓN, MEN-
[TIRA VER-
[DADERA.
Ilusión, suave y po-
[derosa Ilusión.
Con tu bálsamo
[unge mi cabeza
y sé la levadura de mi razón.
De la frente de Zeus brotó en mal hora Palas
[adusta,
diosa de la sapiencia,
razón raciocinante que envenena y abruma.
Dulce Ilusión: ven a albergarte en mi conciencia.

Serás la almohada ligera
donde se aduerma el corazón.
Ilusión, lluvia que refrigera
y fecundiza y baña en luz la creación.
(Corazón; yo vi tu caída
desde el ensueño celestial,
como la vela se hunde, a seguida
que quiebra el palo el vendaval.)
Yo quiero cantarte, Ilusión suave,
sobre la onda mansa o en los días adversos.
Yo quiero cantar embarcado en tu nave
para hacer la difícil travesía del tiempo.

Tú, Ilusión, derogas las leyes,
rígidas y fatales,
de la Naturaleza, a tu arbitrio.
Siendo los humanos iguales,
a unos haces reyes,
a otros mendigos.
Tú haces que el sol, pesado y enorme,
gire en torno de la menuda tierra,

y que dancen en torno al polo Norte
la infinita muchedumbre de las estrellas;
haces que el hombre—pobre y desvalido hom-
[bre—
sea centro del círculo que traza el horizonte,
y por lo tanto, centro del planeta,
y en consecuencia,
centro del Universo.
Y que digan lo que quieran
el razonable Copérnico y el razonable Galileo.

Conduces como madrina la creación insen-
[sible
a los brazos del hombre mortal,
cual si fuera una novia virgen,
entre velos de misterio y con flores de azahar.

Ilusión, tú cultivas la viña
que da el vino mejor,
rojo como la boca de una niña,
reconfortante, embriagador.

Dulce Ilusión, psique del mundo;
túnica de la realidad;
abrigaño del vagabundo;
lucero de la tempestad;
voz del bosque, bajo la brisa;
en la flor, fragancia y color;
en los labios, sonrisa;
entre la noche, ruiseñor;
en la antorcha, lumbre crinada;
beso que a darse no llegó;
verbo de Jehová en la nada;
dentro del pecho humano, Dios.

Cércame con tu brazo tibio y lechoso,
que desfallezco si estás ausente.
Recostarme he en tu seno maravilloso.
Besa mi frente. Besa mi frente.
Madre de Dios y fiel esposa
del hombre pequeño y mortal;
coronada de mirto y de rosa,
ven a mi tálamo nupcial.

Tu boca sellada en la mía,
en los tuyos mis ojos fijos;
no me abandones noche y día,
ayúdame a engendrar mis hijos.
Constante te seré, como la roca
combatida del mar inmenso;
te cantaré hasta el cabo, que mane de mi boca
el corazón hecho incienso.

Ilusión, mentira verdadera,
divina y única razón;
dame el agua que desaltera.
¡Ilusión divina, divina Ilusión!

1908.

LA PRENSA

AL SR. D. EZEQUIEL P. PAZ.

Εν αρχη ην ο λογος, και Θεον ην ο λογος.
EVANGELIO DE SAN JUAN.

Επεα πτεροεντα.
HOMERO.

Los maitines del hombre moderno. El poeta habla con el lector del periódico.



UPINO EN EL
[OCIOSO
[LECHO,
apenas abiertos
[los ojos,
la primera labor
[del día
tiendes la mano hacia el periódico.
Horas antes estabas hundido
en los limbos del sueño caótico.

El hombre dormido.

EL alma adormida,
embotado el seso,
romos los sentidos,
no existías para el Universo:
lejos de ti, el torrente de la vida,
y tú, la piedra inerte en cauce seco.

El hombre en el mundo.

HORAS después, saldrás al mundo,
tu mundo cotidiano, tu mundillo:
varias calles, siempre las mismas,
varios árboles, siempre los mismos,
varios monótonos solaces,
varios apáticos amigos,
la jornada de siempre,
el trillado camino.
Es tu mundillo una menuda arbeja
y tú un menudo insecto;
vas y vienes como sonámbulo,

entre la congoja y el tedio,
hasta que, abrumado, a la noche,
derrites tu ego en el sueño.

La creación matutina.

Entre el letargo de la noche
y el día con su azacaneo
está la hora matutina,
cuando, aún supino en el lecho,
tiendes la mano hacia el periódico
por saber qué hay de nuevo.
¡Qué hay de nuevo...! Frase prosaica
preñada de sentido poético.
Hay de nuevo, que hace un instante
no existías en el Universo;
y ya recién salido de la nada
eres señor del espacio y del tiempo.
Al tener en la mano el periódico,
sustentas en la palma el rotundo Universo,
al modo de los Césares
del Sacro Romano Imperio,

cuyas ves las efigies
con el orbe terráqueo en la siniestra opreso.
El periódico te unge
con momentáneo imperio
sobre la vasta tierra
y sus vastos sucesos.
El orbe gira entre tus manos,
cual la vasija en el torno del alfarero.

El milagro.

¿Te has detenido, por ventura,
a meditar sobre el portento
que en ti se cumple; la maravillosa
dilatación de tu minúsculo ego?
Ya no eres una isla
olvidada en el piélago
—¿qué otra cosa eras, durmiente,
sino una isla en un mar negro?—.
Ya no eres una nave
apresada entre hielo
—¿qué otra cosa es tu propio mundillo
sino un helado cerco?—.
Ya no es tu piel el límite
entre tu alma y lo externo.
Ya no es conmensurable
la extensión de tus miembros,
ni ya tu sistema nervioso
reside solamente en tus nervios.

El macrocosmos.

Así como la atmósfera
—asilo de sublimes elementos:
de la lustral y fértil lluvia
que al grano enterrado en el suelo
otorga una prole copiosa,
y del turbión colérico
que arrasa las siembras y abate los robles;
de la brisa de blando aliento
con que las rosas se deleitan;
de los raudos y versátiles vientos
que empujan las velas de lino
y mueven los molinos harineros;
de las nubes de mármol ingrávido,
de los rayos y de los truenos,
de los espíritus del día
y del íncubo nocharniego,
de la pulquérrima Venus Urania
y del fosco Jehová hebreo—,
así como la atmósfera

encierra el planeta en su seno,
así tú te dilatas en redor de la tierra,
y nada es para ti secreto
cuando te entregas al periódico
y poco a poco vas leyendo.

El micro-cosmos.

Y presides sobre los campos,
y cabalgas sobre los vientos,
y navegas sobre los pontos,
y te embebes del humo denso
que de las fábricas se eleva,
y resuenas con el estrépito
de las batallas catastróficas
que libran entre sí los pueblos,
y te estremece el timbre melancólico
del canto de un pastor señero,
y te hiere el grito angustioso
que a su víctima arranca un frenético;
y todo lo abarcas y asumes;
ora te invade aplaciente sosiego,
ora te agita un temblor iracundo;
porque sirves de asilo y aposento
a la pulquérrima Venus Urania
y al terrible Jehová hebreo.

Se repiten los mitos clásicos.

Tu espíritu se multiplica
en metamórfosis sin cuento.
Adquieres los cien ojos de Argos, el Arestó-
[rides,
y espías los designios de Zeus, el soberbio.
Al tacto de una hoja de papel deleznable
se te infunden las fabulosas fuerzas de Anteo.
La sapiencia de Palas, la claridad de Apolo,
y la industria de Hermes ligero.
Te emboscas en la selva sonora,
cobijo de la ninfa Eco,
donde cada voz suscita
un comentario volandero,
y tus brazos experimentan
infinito acrecentamiento,
con que ases y oprimes el presente robusto,
como el monstruo quimérico
que ahogó a Laoconte y sus hijos,
y luego los extiendes hacia lo venidero.

El enorme sistema nervioso.

YA no es de fibrillas sutiles
ni precaria la red de tus nervios;
son hilos de cobre,
son cables de acero,
que cruzan la tierra insensible
y la linfa de los océanos,
y se insertan y coordinan,
igual que en un cerebro,
en esa hoja de periódico
que ahora palpas entre tus dedos,
y te transmiten sensaciones
de los continentes extremos;
y así, la costra de la tierra
es como tu propio cuero,
y el mundo te duele, te angustia, te eleva o
[te pesa
lo mismo que tu propio cuerpo.

Los trabajos y los días.

Y para que en tus manos sostengas el periódico
y sientas dilatarse tu personalidad,
acaso no sospechas que han sido necesarios
de las generaciones el esfuerzo tenaz,
las miserias recónditas de falanges obreras,
las vigilias fecundas del inventor genial,
la connivencia de los productos del suelo
y la esclavitud de las aguas del mar,
la tiranía sobre las ondas invisibles
que en un vértigo cruzan la atmósfera, y aún más,
la gestación prolija y multimilenaria
del ardiente planeta en su primieva edad
cuando se iban fraguando para el hombre futuro
los próvidos archivos del carbón y el metal.
A diario por millares se sumen los mineros
en pozos de plutónica fuliginosidad,
para extraer el rojo cobre y el dúctil plomo
y el hierro generoso que se han de transformar
en caracteres de imprenta y rotativas,

y la hulla, en cuya entraña yace la voluntad
del movimiento, del calor y de la luz.
Viejas florestas son taladas sin cesar:
las robledas, los bosques de plátanos y abetos
que eran antaño al modo de bélico arsenal
de la madera para las astas de las armas
—la pica ponderosa, la javelina audaz—,
son ahora convertidos en papel de bobina
donde la rotativa, con un rumor triunfal,
imprime los anales nuevos de nuevas guerras,
los fastos de la industria, los himnos de la paz.
Sal de ti mismo un punto.
Escucha y oirás.

La voz de la rotativa.

RUEDAN, ruedan mis cien ruedas,
ruedan, ruedan tercamente,
ora broncas, ora ledas,
con murmurio de arboledas
o clamores de torrente.

Febril entusiasmo me agita
y colma de trepidación.
Soy una matriz infinita
que contiene la creación,
pues doy a la palabra escrita
incontable reproducción.

En principio era el verbo, dice el texto sa-
[grado.
El verbo creativo fué la palabra oral.
Un «Fiat», un efímero sonido articulado;
y se coaguló el cosmos en la nada inicial.
Mas luego, aquel sonido transitorio y alado
que pasaba sin huella, como el sol un cristal,

en la red de un abecedario fué cazado,
y, por último, preso en tipos de metal,
y su poder creativo fué así multiplicado,
y se hizo omnipotente su fuerza elemental.

Como llaves en llavero,
cantan con tintín ligero
mis cien ruedas acopladas,
porque soy el carcelero
de las que el rapsoda Homero
llamó palabras aladas.

Pero antes, la palabra alada
estaba también prisionera.
Era temerosa y cuitada;
eran sus alas harto tiernas;
y cuando era al aire arrojada,
desde los labios y la lengua,
hacía más breve jornada
que desde la honda la piedra.
Mas al cabo, fué libertada

y ahora ya libremente vuela
con el ala enorme y nevada
que le ha nacido en la hoja impresa;
pues si la voz articulada,
por pristina virtud genésica,
el mundo creó de la nada,
soy yo quien lo rige y gobierna.

Las palabras aladas
estaban como en prisiones,
porque sólo iban animadas
por el aire de los pulmones.
Las pobres palabras aladas
estaban como alicortadas
por el plomo de las supersticiones;
estaban en la alcándara posadas,
como enfermos halcones;
y, *similia similibus*, curadas
fueron con plomo, y de prisiones
fueron con prisión libertadas.
Ya son dueños del orbe mis halcones.

Como muelas de molino
ruedan mis ruedas aína,
ruedan, ruedan de contino,
con runruneo jovial;
ruedan y muelen la harina
del pan vuestro espiritual.
Como gira el argadillo
giran mis ruedas aína.
Cual se devana el ovillo
se devana la bobina.
Giran mis ruedas ligeras,
cual locas devanaderas;
giran, giran sin parar.
De aquí y acullá certeras
van mis raudas lanzaderas.
Y la historia se teje en mi telar.

Romance de los periodistas oscuros.

Quijano, el bueno, velaba
en tanto Sancho dormía.
Así, lector, entretanto
en la noche compasiva
del trabajo te redimes
y de la ansiedad te olvidas,
unos oscuros ilotas
de la pluma y la cuartilla
bregan afanosamente
para que al siguiente día
con la hoja del periódico
el mundo en tu mano oprimas
y te adueñes de la tierra
y se dilate tu vida.
Oscuramente se afanan,
tácitamente se obstinan
en asir por el copete
la actualidad fugitiva.
Estrujan entre los dedos

las sienes encanecidas,
por hallar forma sensible
para la idea imprecisa.
Con ceño aplicado buscan
las verdades escondidas,
frustran del error las mañas,
desnudan a las mentiras.
Por vocación han jurado
la andante caballería.
Enderezan los entuertos;
a las viudas desvalidas
amparan; contra follones
y endriagos la lanza enristran;
a los huérfanos protegen;
en Dios y en la dama fían;
con el triunfo de su brazo
ajeno honor adjudican;
hacen a sus escuderos
gobernadores de ínsulas;
los reyes y los magnates
se les hinojan y humillan;

a éstos les dan la riqueza,
o estotros la nombradía;
son árbitros de las letras,
las artes y la política;
y en pago de tanto empeño
reciben en sus costillas
piedras de los galeotes,
estacas de la arriería,
de las damas los desdenes,
de los señores las risas.
Viven oscuros y pobres,
y cuando a la postre expiran
no vierten por ellos lágrimas
sino el ama y la sobrina.
Quijano, el bueno, velaba
en tanto Sancho dormía.

Romance de la Catedral y el periódico.

VES de la catedral la empedernida,
confusa mole, cuyo aspecto espanta;
pináculos sin cuento; temblorosas,
eréctiles pirámides de llama,
que al paso de un gran soplo de misterio
hubieron de quedar petrificadas;
los botareles frágiles, suspensos
en el aire por obra de la gracia;
la torre mazorral y transparente,
grave y leve, maciza y cincelada,
que una legión de diablos de granito,
junto con muchedumbre de alimañas
y lujuriosas flores de pecado,
desde el cimiento hasta la cruz escalan,
luchando en vano por apoderarse
de la cruz, como niños en cucaña,
en tanto de la estéril competencia
con su boca monstruosa ríen las gárgolas,
y del tiempo perdido llevan cuenta

en su nido altanero las campanas;
los portales cuajados de hornacinas,
de doseletes, ménsulas y estatuas
que representan bienaventurados,
evangelistas, mártires y papas,
vírgenes, ermitaños y doctores
con vestiduras pétreas y hieráticas;
la crestería de prolijo encaje;
las gloriosas vidrieras emplomadas,
donde han cuajado milagrosamente
las formas y la luz paradisíacas.
Entras luego en las naves. Según pisas,
un eco sordo y vago se levanta,
cual si en las oquedades de la bóveda
un enjambre de sombras despertara.
Columbras, a través de la penumbra,
áureos altares y marmóreas aras;
las trompetas del órgano, que a veces
voces apocalípticas derraman,
y otras veces, con candidez de coros
y celestes dominaciones, cantan;

el púlpito barroco, como concha
que atesora una perla, la palabra
del Espíritu Santo; los retablos
alabastrinos, de policromadas
figuras; y la lengua inmarcesible
que, en místico deliquio, arde en la lámpara
del sagrario; la sillería del coro,
de rico leño y minuciosa talla.
Todo en redor lo observas y escudriñas.
Un pasmo se apodera de tu alma.
Acaso te interrogas, ¿cómo pudo
enderezarse esta arrogante fábrica?
¿Quién los hierros forjó? ¿Quién la madera
talló? ¿Quién cinceló el oro y la plata?
¿Quién labró tanta piedra? ¡Oh, cúantas vidas
anónimas han sido aquí gastadas!
¡Cuánto incógnito artista, que a la obra
por entero se dió, sin dejar traza
de su persona, sin firmar su nombre
en un rincón de la pieza labrada,
en la cual nos legó de aquellos días

la existencia cabal: la indumentaria
del pueblo y de los nobles; las costumbres,
los solaces, las fiestas y las danzas;
las labores plebeyas de los gremios;
el belicoso ardor de las mesnadas;
el tono y aparato de la corte;
los usos de las órdenes monásticas;
tan pronto con un lírico entusiasmo
como con libre y desenvuelta sátira;
lo mismo que hoy la vida se refleja
en las hojas periódicas y diarias!
Porque eso fué la catedral de antaño:
periódico de piedra y argamasa.
Y, recíprocamente, es el periódico
catedral de papel contemporánea,
mole que por esfuerzo innumerable
de anónimos obreros cotidiana-
mente se erige, con su torre prócer,
sus diablejos burlados, sus campanas,
sus arcos y columnas escultóricos,
sus altares, su púlpito y sus aras,

sus vidrieras floridas, sus trompetas
de órgano—las trompas de la fama—,
con su hermético y fuerte tabernáculo
y a su vera la inmarcesible lámpara,
con sus orfebrerías, sus joyeles,
sus alabastros, pórfidos y ágatas.
Por un encantamiento se construye
y se derrumba. Y no es cuento de hadas.
Cada renglón y cada gacetilla,
cada rótulo y cada telegrama
no es de otra suerte que una pieza artística
por una mano incógnita labrada.
¡Cuánto talento oscuro y consumido,
fe desprendida y voluntad arcana!
¡Qué íntima admiración te inspiraría
la hoja impresa, si lo consideraras!...

Romance libre de la invención de la imprenta.

APRENDE lo ignorado.
Lo sabido recuerda.
Hubo un tiempo, largo y moroso,
en el cual las palabras, mensajeras
de la voluntad de los hombres,
de su sentir e inteligencia,
portadoras de sus anhelos,
imágenes de sus quimeras,
en el aire se desleían
como el humo de las hogueras.
Luego, porque no se escapasen,
les pusieron dulces cadenas
y las mantuvieron ligadas
por el ritmo, la rima y la cadencia.
Por ser verso y medida perduraron
las matutinales creencias,
las nociones originales
y las normas primeras.
Guardadores de la palabra

fueron los rapsodas y aedas.
Pero aun así, de las palabras sabias
era equívoca la existencia.
El hombre mortal quiso
que gozaran vida perpetua
y las hundió, con incisiones,
en indestructible materia.
Hesiodo en tablas de bronce
hizo trazar su cosmogenia.
Tablas de pedernal dió Moisés a sus leyes.
Solón grabó las suyas en tablas de madera.
En el templo judío dos columnas había,
de ladrillo la una y la otra de piedra,
y los hijos de Set, según dice Josepho,
inscribieron en ellas
curiosas invenciones y el curso de los astros.
Porfirio nos menciona las columnas de Creta,
donde los coribantes estudiaban sus ritos.
El sibarita Horacio, que era
amigo de lo breve, lo leve, lo huidero,
ambicionaba para sus locuciones métricas

monumentum aere perennius,
en acero letras eternas.
Pero entretanto no se realizaba
el ambicioso sueño del poeta,
los hombres escribían
con una pobre cañaheja,
cálamo, en hojas de papiro,
el *byblos* de la noble habla helénica,
o con metálicos punzones,
estilo, en tabletas de cera.
Y después con plumas de ave
y pinceles de finas cerdas
en los ebúrneos pergaminos
arrancados a las mansas pécoras.
Y fué la edad de los escribas
conventuales, que en blanca celda
recoletos, la vida consumían
copiando textos y miniando letras
mayúsculas: los libros de horas,
las biblias, las canciones de gesta,
los himnarios y los antifonarios

y los bestiarios, las pandectas
y los digestos
y las summas aristotélicas;
y fué, en suma,
de los palimpsestos la época,
cuando del espíritu clásico
fué borrada la escrita huella
y así, el raspado pergamino
se cubrió con frailuna monserga
de acicaladas iniciales
y sórdidas minúsculas negras.
Estaba el pensamiento cautivo
en macilentas bibliotecas;
en los apocalípticos y herméticos
volúmenes, con siete sigilos; letra muerta
en preciosos sepulcros enterrada.
¿Quién, por entonces, presumiera
que un libro, como una simiente,
lleva dentro de sí, latente, una cosecha
de simientes inacabables?
Ser la cuna de Homero siete ciudades viejas

disputaron: Esmirna, Argos, Ios y Rodas,
Colofón, Salamina y Atenas.
En honrosa disputa,
diversas ciudades modernas
pretenden haber sido
la cuna de la imprenta:
Maguncia, la teutónica,
Feltre, la itálica, Haarlem, la holandesa.
Los honores ha secuestrado
la jactancia tudesca,
y la gloria de la invención
adjudicó a Juan Gutemberga,
mediante fraude, pues a Holanda
corresponde la diadema,
y el laurel ceñirá a las sienes de Laurens
[Coster
la historia, la gran justiciera.
¡Oh los primeros impresores,
reclusos en sombría tienda,
manipulando clandestinamente
con las rudimentarias prensas,

como alquimistas sospechosos
de practicar artes diablescas!...
¡Oh maravilla de las maravillas,
cuando a golpes de manivela,
de una sola matriz metálica
obtenían patriarcal descendencia!...
¡Oh estupor al mirar la hoja,
para la lectura dispuesta
non calami, stili aut pennae suffragio,
sin la acostumbrada asistencia
de cálamo, estilo ni pluma!...
Con razón fué llamada *ars quaedam*
ingeniosa imprimendi, obra de ingenio
[sumo,
ars magistra, el arte maestra,
ars mirifica, *ars sancta*
atque divina, santa, portentosa y excelsa.
El hombre realizaba el sueño
de hacer su palabra infinita y perpetua.
Sobre los destinos humanos,
amanecía una edad nueva.

Comenzó en aquel punto
la olímpica carrera
por la libertad máxima.
La rotativa es la etapa postrera.

Cajistas y linotipistas.

PENSAD que los tipos movibles
sobre los cuales ejercéis soberanía
disimulan aptitud doble
de benevolencia o malicia;
son a la manera de ánforas,
de cálices o de cantarillas,
que ora el mortal nephenthes guardan,
ora la inmortal ambrosía;
son, ya granos de trigo
o ya granos de dinamita;
son los átomos locos
que Lucrecio veía
formando el cosmos y engendrando
el bien o el mal, el llanto o la sonrisa,
según se casan felizmente
o con desarmonía.
Al pulsar con el dedo
las teclas de la linotipia,
suenan campanas de rebato
o campanas de Pascua florida.

Los redactores.

PARA vosotros, el periódico
es el cubo abismático
de las Danaides. No se sacia nunca.
Un río fluyente, sonoro y fantástico,
siempre henchido,
siempre vario
—la vida comparó con un río
el lacrimoso Heráclito—,
vertéis en el tonel insondable.
Mas el tonel nunca está harto.
Por fin, un día desaparecéis.
Vuestra vida el tonel ha tragado.
Y otras vidas fluyentes continuarán vertiéndose
dentro del tonel abismático.

El director. PRENSA, cuarto poder antaño.
El poder por antonomasia
hoy en día. La cornucopia
mítica, el cuerno de la cabra
Amalthea, nodriza de Zeus;
cuerno de la abundancia,
repleto de frutos,
de dones y dádivas.
O quizás de Pandora
la maldecida caja,
llena de enconos y de furias,
de penas y de lágrimas,
y en el fondo, empavorecida,
la desesperada esperanza.
Todo depende de un arbitrio,
de una voluntad soberana.
Para a su grado manejar el mundo,
Arquímedes pidió una palanca.

He aquí la palanca ciclópea:
la prensa diaria.
Si la prensa rehizo el mundo o lo deshizo...
la ardua sentencia la dará el mañana.

1919.

DOCTRINAL DE VIDA Y NATURALEZA

HENO DE LAS ERAS



E SALIDO A LA
[VENTURA
por el campo. Es
[primavera.
Van mis pies a
[la ventura.
Mis pupilas se
[apacientan
de hermosura, a la ventura.
Mi alma vuela
a la ventura, indecisa.
La brisa
me sigue como un perro, y juguetea
a la ventura. La dura

piedra del corazón—muela
que muele pan de esperanza
con simiente de experiencia—,
la dura piedra se ha vuelto loca.
A la ventura, gira y voltea.
Se ha enternecido, volatilizado,
como nube, que del pecho sombrío sale fuera,
y por el cielo, a la ventura,
va resbalando, efímera... y eterna.

Y andando,
andando, andando,
me he metido a campo traviesa.
Y me veo, sin saber cómo,
hollando una verde pradera;
una pradera pulcra y suave,
al modo de sedosa felpa.
Mis pies sobre la pulcra estofa
han dejado sus torpes huellas;
manchas opacas y marchitas
en la grama hirsuta y sedeña.

VAS ciego, vas descaminado
—murmura mi conciencia—;
has muerto tantos seres vivos,
cuantas hierbas
vas hundiendo a tu paso.
Quedé inmóvil,
asido, como nave prisionera
entre los hielos. ¿Cómo huir
sin hacer nuevo estrago en la dulce pradera?
En árbol quise transmutarme
y arraigar allí mismo, en la tierra.
Mas, según me mantuve quedo,
vi que las blandas hierbezuelas
poco a poco iban enhiestándose.
Se borraron al cabo mis huellas,
por la virtud voluntariosa
que anima a la naturaleza.

Y la brisa, en las hierbas del campo,
balbució con voz evangélica:
—Haz tu alma lisa y mullida,
como prado de fina hierba.
Pasarán sobre él los dolores,
pasarán sobre él las quimeras,
pasarán sobre él las virtudes,
pasarán sobre él las tristezas,
pasarán las bestias feroces,
lo hollarán patas paquidérmicas,
se posarán blancas palomas,
se deslizarán las culebras,
y en la delicada epidermis
dejarán al paso la huella.
No importa. Tu alma es como un prado
de fina y afelpada hierba.
Todos, pasando, van encima;
pero él renace y persevera,
bajo el sol que le vivifica

y la brisa que le atempera,
bajo la lluvia que le sacia,
bajo la noche y las estrellas,
bajo la danza de las estaciones
que, la mano en la mano, en coro ruedan.
Hasta que llegue el Segador,
que va, con guadaña ligera,
cantando y segando
la vieja cosecha
y dejando lugar y espacio
para la venidera.
Porque, no olvides, alma,
que eres como heno de las eras,
verde a la aurora y por la tarde mustio.
Y al mustiarte, tu esencia
volará libre. ¡Por fin libre!
¡Y que hasta Dios ascienda!

1918.

EL NIÑO EN LA PLAYA



LAYA DE SUE- La arena.
[LO TERSO,
playa áurea y cen-
[cida,
playa de arena
[inerte,
—entre los peñas-
[cos altivos—,
todo hecha, como el Universo,
de átomos ciegos y pasivos;
como el torbellino de la vida,
como el reposo de la muerte.

Arena estéril, dócil y yerta,
del tiempo y de las horas ignorante,
—todo arena es el haz de los orbes vacíos y [fríos
donde no hay noción de lo temporal—;
y la mente humana, no obstante,
en ti del tiempo halló medida cierta,
metiendo tus granos baldíos
en dos ampollas de cristal.
Encierras en la inutilidad
de tus enormes silos mudos
un infinito de granos menudos
con que medir la eternidad.
Y eso no obstante,
el pensamiento humano
ve tu infinito como un solo grano,
tu eternidad como un instante.

Las olas.

SOBRE la playa yerma y paciente
llegan las olas en algarabía;
llegan corriendo con furia insolente,
atropellándose a porfía.
Llegan rodando,
llegan gritando.
Con retumbo y tremendo
estruendo
unas con otras se amontonan,
cuando
en un punto se desmoronan.
En su propio furor se consumen,
y en la arena yerma se sumen.

Llegan desde la azul lejanía
de las incógnitas regiones;
desde la plateada lejanía
del tiempo. Son viejas de siglos.

Son como dragones,
son como vestiglos;
las fauces abiertas y cautas,
fauces móviles y absorbentes
con que tragan la nao y los nautas.
Y la nevada espuma son los nevados dientes.

Su bramido ensordece.
Su impetuoso ejercicio
suspende y amilana.
Hasta que una tras otra fenece
como cordero de nevada lana
que es entregado al sacrificio.

El niño.

PULQUÉRRIMA flor de la vida,
blanca, como la azucena;
rosa, como la rosa rosa;
purpúrea, como la rosa encendida
o como el ruboroso clavel;
aromática y humildosa
como la violeta nazarena;
alma de miel y cabello de miel.

Flor que asumes la gracia del mundo;
flor donde ríe la alegría del mundo;
flor nacida del amor del mundo;
flor la más delicada del mundo;
flor del universo, que llevas un nombre
puro como el armiño,
como el mañana o el ayer, profundo.
NIÑO;
cielo, tierra, ángel y hombre.

El niño en la playa.

SOBRE la arena dorada, el niño juega en la orilla.
El ir y venir del agua el niño en su juego
[imita.
Aguarda un punto la ola, que de lejos viene
[henchida,
—el niño tan delicado, la mar tan bronca y
[arisca...
En los bordes del abismo tiembla la flor de la
[vida.
¡Ay si el dragón con sus fauces alcanza la
[florecilla!—
Llega rugiendo la ola. El niño, al verla, vacila;
pero, huye, al cabo, la cara por el terror
[contraída.
Párase a poco. Y la ola, derrumbada, casi
[extinta,
le lame los pies al niño, con lengua hipócrita
[y fría.

Doctrina.

NIÑO: un día serás hombre y has de hacer la
[cosa misma.
Ya de grado, ya a desgana, te has de ver
[siempre en la orilla
del abismo, en la ribera de un mar que te atrae
[e incita.
El suelo bajo tu paso será arena movediza,
hecha de átomos menudos, y sin embargo infinita,
fuera del tiempo y eterna, pero mudable y
[efímera.
Vendrán frente a ti rugiendo los monstruos
[de testa esquiva;
dragones de las pasiones, serpientes de las
[lascivias,
las túrgidas vanidades y las pálidas envidias.
Te amenazarán, y acaso de su verdosa saliva
sentirás gusto en tu boca.
Mas que te alcancen evita.

Y ya en pasando un instante—un solo instante,
[medita
en esto—los monstruos pierden su fiereza pri-
[mitiva.
O te lamerán la planta con lengua hipócrita y
[fría,
o serán como corderos. Ofréndalos como víc-
[timas
en el ara de la diosa Piedad.
Mas llegará un día...

1918.



CASTILLA



RUZAN POR TIE-
[RRA DE CAM-
[POS, DESDE
[ZAMORA A
[PALENCIA
—que llaman tierra
[de Campos lo
[que son campos
[de tierra—.

Los buhoneros.

Hacen siete la familia: buhonero, buhonera,
los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una
[ciega.
En un carricoche renco, bajo la toldilla, llevan
unas pocas baratijas y unas pocas herramientas

con que componer paraguas y lañar vajilla en
[piezas;
tres colchoncillos de estopa, tres cabezales de
[hierba
y tres frazadas de borra: toda su casa y ha-
[cienda.
Cae la tarde. La familia marcha por la carretera.
Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre
[un teso se otea.
Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delan-
[tera.
Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca
[muerta.
El padre rige del diestro las borricas, a la recua.
Viste blusa azul y larga que hasta el tobillo le
[llega,
la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza.
A la zaga del carrillo, despeinada, alharaquienta,
ronca de tanto alarido, las manos al cielo
[abiertas,
los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.

Pasa la familia ahora junto al solar de las eras.
Éste trilla, aquél aparva, tal limpia y estotro
[aecha.
Un gañán, riendo, grita: ¿Hubo somanta, pa-
[rienta?
La familia sube al pueblo y acampa junto a la
[iglesia.
¿Qué ocurre, buena señora? ¿Por qué así gime
[y reniega?
Mi fija que se me muere, mi fija la más pe-
[queña.
¿Dónde está que no la vemos? Dentro del carri-
[co pena.
Anda más muerta que viva. Nunca tal cosa
[dijera.
Van las mujeres de huída, clamando: Malhaya
[sea.
La peste nos traen al pueblo. Échalos, alcalde,
[fuera.
Suban armados los mozos. Llamen al médico
[apriesa.

El médico ya ha llegado. Mirando está ya a la
[enferma:
una niña de ocho meses que es sólo hueso y
[pelleja.
Vecinas, ha dicho el médico: no hay peste, esto
[es, epidemia.
La niña se ha muerto de hambre. Y al que se
[muere lo entierran.

«Lleva la bisutería; alma, vida, princesa.
Lleva la bisutería contigo bajo la tierra.
Pendientes de esmeralda en las orejas.
Al cuello el collar de turquesas.
En el pelo dorado las doradas peinas.
Llévalo todo, todo. Nada, nada nos queda.»

Campanas tocan a gloria. Marchan por la
[carretera,
cruzando tierra de Campos, desde Zamora a
[Palencia.

La cenicienta.

YACE silencioso el pueblo. Hora de la solanera.
Los hombres andan ausentes, porfiando con la [tierra.
Sólo posan en los lares las muy mozas o muy [viejas.
Está vacía la calle, están cerradas las puertas.
En lo hondo de una casona canta una voz las- [timera:

Por ese hombre daría mi vida entera.

De las Gilas, ahidalgadas, es la casa solariega.
Son las Gilas cuatro hermanas; todas las cuatro [son feas;
todas las cuatro con novio, que hay para todas [hacienda.
La que canta es Clementina, una prima pobre [y huérfana,
que han recogido las Gilas; criada y pariente a [medias.

Cuanto de ruindad las otras, tanta es su gracia
[y lindeza;
tanto es gentil y riente, cuanto las otras zahareñas.
Ningún mozo en ella cuida, ningún galán la
[corteja,
porque en la noble Castilla si eres pobre eres
[soltera.
Desde el alba hasta la noche, Clementina aza-
[canea;
la casa adoba y avía, previene el pienso a las
[huebras,
amasa el pan y lo cuece, baja el yantar a las eras,
hila la lana en el huso, a los rebaños ordeña,
hace cuajadas y quesos, rige y castra las colmenas.
Dice una Gila: Holgazana. Otra dice: Date priesa.
Y otra: Malhayan los deudos, nunca valen lo
[que cuestan.
Clementina, humilde el rostro, de aquí y acullá
[trebeja,
y sin dar paz a la mano canta con voz lastimera:
Por ese hombre daría mi vida entera.

Clementina, a hurto del sueño, leyó antaño
[una novela:
Amores de Lanzarote y de la reina Ginebra.
Y ya su vida es un sueño, esté dormida o des-
[pierta.
Vendrá, vendrá el caballero, jinete en blanca
[hacanea,
que le besará en los labios y la hará suya por
[fuerza,
y la robará, a la grupa, y se casará con ella.
Y Clementina solloza con voz que el deseo altera:
Par ese hombre daría mi vida entera.

Canta del alba a la noche; pero ese hombre
[nunca llega.
Yace silencioso el pueblo. Hora de la solanera.
Está vacía la calle. Están cerradas las puertas.

1920.

FILOSOFÍA



GUA EN CES-
[TILLO;
llanto femenino;
congoja de niño.
Todo es uno y lo
[mismo.

Granazón de trigo;
simiente en silo;
moler de molino.
Todo es uno y lo mismo.

Mayo florido;
sol de estío;

otoño fructífero;
hielo invernizo.
Todo es uno y lo mismo.

Beso furtivo;
carnal deliquio;
ebriedad de vino.
Todo es uno y lo mismo.

Canario de trino;
rana en paroxismo;
cigarrón estrídulo;
canicular grillo;
ruiseñor, ¿sublime?, ¿ridículo?
Mozart; Borodino;
el ciego del guitarrillo.
Todo es uno y lo mismo.

Príncipe o mendigo;
tabardo harapiento o armiño;
burdeos, borgoña o tintillo.

Todo es uno y lo mismo.
Bermellón, añil o amarillo.

Lenin, apóstol o cretino;
Wilson, un profeta o un timo;
Lloyd George, celta o celtíbero.
Todo es uno y lo mismo.

Vuelo de las aves—auspicios—;
velas en el horizonte marino;
rodar de las aguas del río;
son de campanas—entierro o bautizo—;
humo, nube, sombra, eco indistinto.
Todo es uno y lo mismo.

Todo es fugitivo,
todo es efímero,
ante el Infinito.
Pero, al tiempo mismo,
todo es divino;
cabos, hebras, hilos
de un solo ovillo;
el Infinito.
En un nudo se enlazan innumerables hilos.
En el punto que pisas, se cruzan todos los ca-
[minos.
Todo es necesario y todo es preciso
Por lo tanto, amigos,
besemos sin tino
el labio encendido,
bebamos el vino,
sembremos el trigo,
confiemos sin distingo,
a Lenin o a La Cierva, nuestro proseli-
[tismo,

tripulemos un navío
rumbo a lo desconocido,
flotemos en el caudal del río,
elevemos los ojos al Olimpo,
y hundamos los pies en el abismo,
gocemos del rosal y del árbol frutecido,
de los crepúsculos indecisos,
—matutino y vespertino—,
del mediodía, y cuando la noche está por filo,
del calor perezoso, del vigoroso frío,
lloremos llanto femenino,
sintamos congojas de niño,
cojamos agua en cestillo.
Mañana haremos lo mismo,
... si mañana vivimos.
Un instante vivido
es compendio de siglos.

Así pensó el egoísta exquisito;
el esteta así dijo;
así quieren el desalentado y el místico.

Y replicó un murmullo íntimo:
todo es necesario y preciso;
PERO todo a su tiempo debido
y cada cosa en su sitio;
desnudo el pecho, las sienes en Sirio,
la planta acaso en el limo.
¿Totalidad? Sueño imposible. *Harmonía.* Apun-
[tad a ese hito.
¡Lo justo y lo harmonioso; uno y lo mismo!

1919.

ÍNDICE

